

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8678

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó tetras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet St'et, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 1.º Octubre 1890.

PERDER EL TIEMPO

¿Qué tiempo más precioso están gastando nuestros hombres políticos en entrevistas, viajes, declaraciones y visitas? ¿Qué tiempo está perdiendo también el gobierno en dictar circulares y más circulares sobre el censo electoral, y en la resolución de expedientes contra los Ayuntamientos, renovación de ellos, dimisiones, suspensiones, etc., etc. ¿Y qué prematuro es todavía lo del encasillado, pues como el mundo es redondo, quién sabe las vueltas que puede dar hasta que llegue el preciso momento de las elecciones!

Y la verdad es que todos piensan en la misma cosa, y se están agotando tanto las fuerzas de unos y de otros que cuando llegue el caso la lucha va á ser desconocida.

Y mientras tanto los sagrados intereses del país están abandonados; los proyectos que han de darle la savia y la vida que aquél necesita, yacen en el más completo olvido y siguen la misma marcha que han seguido siempre, la del abandono, pues en España todo lo que no sea política, y política menuda, no ofrece interés alguno.

Que el país muera de miseria, que la agricultura perece, que el comercio agoniza, que no hay vías de comunicación, que emigra media España. No hay cuidado, que ya se arreglará todo, pues los hombres políticos necesitan ahora el tiempo para otra cosa.

Es necesario saber antes cómo piensa el ministro H, el ministro B, y los jefes de los partidos, divididos en tantas fracciones que ya se pierde la cuenta. Hay que discutir antes si Sagasta lo hizo bien, ó Cánovas lo hizo peor; si van por éste ó por el otro camino; si Romero piensa de esta manera, y Martos de la otra; y sobre todo hay que legalizar la situación removiendo Ayuntamientos, Diputaciones y todo lo que es incompatible con un gobierno que aspira á gobernar á los españoles que hace mucho tiempo son ingobernables.

Añádase á todo esto la nube de candidatos que quieren despertar á la vida pública, con ó sin méritos para ello, y entonces se verá que no hay tiempo para nada, ni siquiera para mandar que se construya este puente derrumbado, que se habiite este ó aquel trozo de carretera, ni siquiera una simple alcantarilla. Que el comercio lucha con mil inconvenientes. Que luche, que á nosotros nada nos importa. Que no hay trabajo. Que acaban de emigrar los pocos españoles que quedan. Que la agricultura no puede con tantas gabelas, ni con tantos impuestos. Que tengan paciencia los agricultores. Que hacen falta canales de riego. Ya se hará todo eso cuando se reúnan las Cortes.

Así vamos, así seguimos y así moriremos si Dios no lo remedia y los gobiernos no toman otra manera de vivir, ó si el pueblo no despierta, y se desengaña, y usa de sus iniciativas, y se convierte de paria en señor, imponiendo su voluntad, dentro del derecho que prescriben las leyes, pues por algo se le concede el sufragio ó el voto, del que deben hacer el mejor uso y admitir ó

designar á los hombres que se fijan más en los intereses generales que en la política.

El día en que ésto suceda, con seguridad que los pueblos alcanzarán su bienestar; pero en tanto aquéllos sigan sometidos al feroz caciquismo, no tendrán más que plagas.

EL PRÍNCIPE IMPERIAL

La autorización para marchar.

El «Gaulois» de París publica un capítulo de un libro que un personaje francés de la intimidad de la familia imperial de Francia va á publicar en breve, en el cual se hace historia del viaje del hijo de Napoleón III á Zululandia.

A los dos años de estar el príncipe en la escuela militar de Woolwich completando sus estudios, fue agregado como oficial á un regimiento de artillería inglesa.

No hacía el servicio regular en el regimiento; vivía en Camdem con su madre la emperatriz Eugenia, pero asistía todos los años á las maniobras del campo de oficiales, entre los cuales contaba numerosos amigos.

Destinado su regimiento á la guerra del Cabo, un oficial de la batería de Príncipe fue á despedirse de éste, el cual lo presentó á su madre la emperatriz.

El príncipe ofreció á su camarada ir á Londres á despedirse, y cumplió su palabra.

Al regresar á Camdem, demostró el príncipe una alegría, que llamó la atención de su madre.

—¿Qué tienes?—le dijo ésta.—Diríase que te ha caído el premio grande de la lotería.

El príncipe le contestó que, en efecto, estaba muy contento, y que le diría la causa al día siguiente.

Al despedirse el príncipe de su madre como hacía todas las noches, ésta insistió en que la dijese la causa de su alegría, añadiendo:

—Estaba por creer que marchas á Zululandia.

—Pues bien, mamá, sí—contestó el príncipe;—he ido hoy á ver al duque de Cambridge y le he pedido que me conceda una autorización del Gobierno inglés para marchar, y el duque, suponiendo que no habéis de oponeros, me ha prometido apoyar mi petición. Mañana hablaremos más despacio de esto.

Al día siguiente, cuando el príncipe fue á dar los buenos días á la emperatriz, ésta le dijo:

—Tienes 24 años, eres ya un hombre y podrás llegar á reinar en Francia. Eres, pues, libre de obrar con arreglo á tu conciencia, pero yo soy tu madre y tengo el derecho de recordarte tus deberes. No te hablaré de mí, aunque eres lo único que amo en la tierra, y sólo deseo tu felicidad, pero he de decirte que te debes á tu país, ante todo, y después á tu partido, del que eres la esperanza y el apoyo. No eres libre, y debes, por lo tanto, defender los intereses de los que cuentan contigo.

—He pensado mucho—dijo el príncipe—y mi marcha no es sólo un arranque de juventud. Yo necesito tener personalidad propia, y en tanto que yo no realice algún acto de voluntad, seré considerado como un instrumento de mis partidarios. Si vuelvo de la guerra, después de haberme distinguido en ella, tendré mayor prestigio ante mis propios amigos. Permiúdme ir á ganar las espuelas de caballero para gloria de nues-

tro nombre y por el honor de todos nosotros.

La emperatriz, temiendo desesperar á su hijo, y pensando que la reina Victoria impediría la partida, aparentó ceder.

El príncipe, echándose en los brazos de su madre, y tuteándola por primera vez, la dijo:

—Eres la más animosa de las mujeres, y jamás olvidaré lo que haces por mí.

Al día siguiente, la emperatriz, acompañada de su hijo, fue á Londres, y en el camino, como la emperatriz no conociese aun la contestación del duque de Cambridge, y vióse que su hijo sollozaba, comenzó á animarle, y entonces el príncipe le enseñó la carta del duque en que se le negaba el permiso.

Una vez en Londres, el príncipe fue á ver al general Simons, antiguo gobernador de Woolwich durante su estancia en la escuela, y le suplicó que fuese con él á casa del duque de Cambridge para hacer una nueva tentativa.

El general accedió á los deseos del príncipe, y al día siguiente el duque le transmitió la autorización acordada en el Consejo de Ministros.

La verdad sobre la muerte del Príncipe.

Se ha creído que la muerte del príncipe fue consecuencia de una traición, siendo así que hay que atribuirle, después del informe que mandó hacer la reina Victoria, y del viaje de la emperatriz Eugenia á Zululandia, á la cobardía del jefe del destacamento.

El día 1.º de Junio de 1879, el capitán de ingenieros Carsey recibió la orden de ir á dirigir los planes del emplazamiento del ejército inglés, y el príncipe manifestó deseos de unirse á la expedición.

Avanzaban lentamente por el medio de la maleza, que apenas dejaba que se viera al guía.

El groom del príncipe cedió su caballo al capitán, con objeto de poder ir más despacio y en esta forma llegó la expedición á la orilla del río, cerca de una aldea recientemente abandonada.

El príncipe, después de echar pie á tierra, se puso á dibujar la topografía del país.

A las cuatro menos cuarto, el jefe de la expedición propuso el regreso al punto de partida, pero el príncipe pidió aun diez minutos.

En el momento de montar á caballo, una banda de zulús avanzó sobre la expedición; Carsey y los soldados ingleses huyeron, y el príncipe, que estaba aun en pie, saltó sobre el suyo, el cual viendo correr á los demás, y queriéndolos seguir, dio una violenta sacudida arrojando al príncipe al suelo.

Este se levantó y echó á correr, pero viéndose perseguido muy de cerca por los zulús, se paró y les hizo frente con el sable desenvainado, pero rodeado y desarmado por ellos, después de disparar los seis tiros de su revólver cayó al suelo con 18 heridas, muchas de ellas mortales.

Esta relación está hecha con arreglo á los informes dados por los mismos zulús al general Wood, que era el comandante en jefe de las tropas inglesas en el Cabo.

Variedades.

HISTORIA DE DOS MONEDAS

En el bolsillo de un elegante chileco de paño negro, halláronse juntas cierta vez una re-

luciente moneda de oro y una mugrienta moneda de cobre.

La primera valía cinco duros; la segunda menos, mucho menos... ¡nada más que dos cuartos!

El propietario de ambas monedas era un caballero—si por caballero se entiende el que viste con arreglo al último figurín, y come, y pasea, y no trabaja;—era un caballero, repetimos, muy conocido en los cafés, en los paseos, en los teatros, en los salones de la aristocracia, en todos estos sitios en que se rinde culto al lujo y á la holgazanería... Extraño es, por lo tanto, que tuviese en el bolsillo una moneda de cobre.

Hay personas, entre «eso» que llamamos la «alta clase», que no se acuerdan de si existen monedas de ese metal, patrimonio exclusivo de las clases trabajadoras.

Pero lo cierto es que la moneda de oro y la de cobre, hallábanse en el bolsillo de aquel... caballero; y que el caballero estaba paseando y pensando en lo que suelen pensar los vagos por afición, esto es, en puerilidades, en tonterías. Un pobre anciano se le acercó y pidió una limosna.

El caballero echó mano al bolsillo y le dió la moneda de cobre.

¿Era aquella acción resultado de sus generosos sentimientos?

No. Daba la moneda, ó mejor dicho, la arrojaba, como se arroja una cosa que repugna, que mancha... ¡Siempre igual! El orgulloso cree que le deshonran las cosas humildes y se desprenden de ellas afectando miras compasivas.

¡Cuántas caridades como esta se hacen en el mundo!

Pasó mucho tiempo.

Cierta día, un viejo prendero, establecido en uno de los barrios más apartados de la corte, después de vender un frac que, aunque bastante usado, podía, á la luz artificial, pasar por nuevo, abrió el cajón de una mesa y en un cestillo de mimbrés que se hallaba inmediato al gran montón de calderilla, depositó una reluciente moneda de oro.

Una mugrienta moneda de cobre que estaba junto al cestillo, dió un grito de alegría al ver á la recién llegada y entre las dos se estableció el diálogo siguiente:

La moneda de cobre.—Señora... ¿dispone usted la pregunta... ¿no es cierto que dos hemos visto antes en otro sitio?

La moneda de oro.—(Con el tono despreciativo que suelen emplear los ricos cuando hablan á los pobres). Sí... en efecto... Recuerdo haberte visto un día en el bolsillo del Sr. Calabacín.

La moneda de cobre.—¿Qué tiempo aquellos!

La moneda de oro.—¡Bah!... no los envidio. Después que nos separamos he corrido mucho... A las pocas horas de haber dejado tú mi compañía, me llevó mi dueño á una casa de juego y me puso sobre el verde tapete de una mesa, alrededor de la cual agrupábanse muchos hombres que me miraban con extrema codicia. A los dos minutos cambié de amo y me pusieron sobre un montón de las de mi clase. Poco después vino un tío y supe que mi antiguo dueño se había suicidado por haber perdido el único capital que poseía que era yo. Durante aquella noche recorrí casi todas las manos de los jugadores, y al fin me quedé en las tabanqueros, hombre generoso que, á las pocas horas, me entregó á un inspector de policía en pago de no ser que servicio. El inspector me puso en poder de un graujá que había denunciado el sitio donde se albergaban varios timadores amigos suyos. Del bolsillo del graujá pasé al de una